

“Miguel contra el dragón”

Alfredo Montoya

Revista *Postdata*, mayo-junio 1987, n° 4

Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón (Apocalipsis, 12,7)

Libró Miguel Espinosa con el mundo y su príncipe –el Demonio, el Dragón, la Serpiente Antigua- repetida y descomunal batalla. Hombre interior, a quien lo mundanal inspiraba continuo asombro y protesta constante, la armaron en su lucha los hados con grandeza de pensamiento y palabras. Así quedó, en verdad, investido para cumplir su destino; que fue el de llorar el edén perdido y abominar de la tierra maldita.

Asklepios es el libro de la pugna entre naturaleza y mundanidad. De una parte, constituye un hermoso canto nostálgico al estado de naturaleza, del que es símbolo vivo la infancia, a la que, por ello mismo, los poetas llaman la edad de oro.

La añoranza de Asklepios por esa edad de inocencia (“hubiera querido seguir perpetuamente viviendo en aquel estado”: Cap. X) es también evocación de la antigua armonía entre hombre y naturaleza: “transcurrida la infancia, nunca repitióse semejante concordancia del ser consigo mismo y con su entorno” (Cap. II)

Cautivado por el “espíritu inocente” que “se revela como prolongación de la naturaleza” (Cap. VII) y por la “viveza de la carne” (Cap. VIII), Asklepios deplora su pérdida en la edad adulta, en la que el hombre “se aparta del origen” y cae en la mundanidad de los modernos, sea encerrándose en el absurdo, sea inventando “acaecimientos mundanos donde situar la esperanza”, sea –en el caso de los pobres- sucumbiendo en “el día perpetuamente gris, el gran cansancio, la timidez miedosa...” (Cap. IX).

Tanto como exalta a la naturaleza, impugna Asklepios a esa mundanidad moderna; lejos sus intereses de los del mundo (“como no quiero poseer, soy nadie”, Cap. XII), el griego errante, que en esencia es “un hombre asombrado y absorto en su destino”, es reputado por el número adverso “inadaptado”, “extravagante y loco”, “antagonista del Poder constituido”, “nihilista”...(Cap. XIV).

Víctima de un exilio más temporal que espacial, pobre y en soledad, Asklepios vuelve sus ojos hacia los que sufren y consuela a los “injustamente desplazados” (Cap. XXI). Con igual decisión rechaza a los hombres mundanos: “nada quería de aquel mundo, porque el exiliado no concurre con los naturales del país, simplemente observa, compara y sueña con su imposible patria” (Cap. XXI).

Asklepios representa, en fin, “el amor de lo profundo y bueno”; su antítesis es “el hipócrita que nunca ejercita el pensamiento ni concluye según la razón: vive en la conveniencia” (Cap. XXIII).

En *Escuela de mandarines* la pugna entre el hombre justo (el Eremita) y el mundo se puebla de resonancias de moral social y política. El Eremita representa, junto con otros heterodoxos, la bondad del mundo ingenuo, no corrompido por los codiciosos y su poder. De este mundo “pura naturaleza”, que desconoce “policía, procesamiento, cárcel, Poder y Gobernación”, se predica que “es bello y bueno, posee misterio y anuncia acontecimientos” (Cap. I).

A este estado de naturaleza se opone el reino del mal y la mentira, del que es cifra la “Feliz Gobernación”, contra la que es mandado el Eremita, que recibe la misión sagrada de encarnar “la soledad y monólogo de la espontaneidad que protesta”. Alejado de los suyos con dolor (confiesa que “preferiría parecer oscuro y excéntrico a elegido y distinto”, Cap. II) proclama en su canción de despedida la naturaleza redentora de su cometido: “Padre mío, no está bien (...) que la arbitrariedad reine y que la mentira esté garantizada”.

Figura evangélica, el Eremita está del lado de los pobres y en contra de los poderosos; de un demiurgo recibe alabanza su “amor por el ultrajado”, otro demiurgo le confiere “capacidad de amar a los que padecen apartamiento, relegación y ultraje”.

Su desasimiento del mundo (“no poseo intereses”), su corazón misericordioso, su arrogancia al declarar “no soporto mandar ni obedecer”, prestan un halo profético al Eremita, que es así llamado el “más verdadero”, el “más inocente”, el “más puro” y “más sabio de los hombres” (Cap. 72), y que por ello sufre persecución, prisión y juicio.

En cuanto encarnan la “mundanalidad” (Cap. 64), el Eremita es inconciliable enemigo del “conjunto de mandarines, legos, becarios, cabezas rapadas y gente de estaca” que componen la Feliz Gobernación” (Cap. I), entre quienes se encuentran Filósofos Enmucetados y Contrastados, Notarios (que “como certifican la propiedad, tienen derecho a representar la casta pensante”) y “políticos y gente de vanidad y empeño”.

En la primera parte de *Tribada* (“*Theologiae Tractatus*”) la oposición del Justo frente al mundo desvanece el perfil político-social y acentúa la desnuda contradicción antropológica (y teológica) entre el ser interior y el ser mundano.

Las criaturas mundanales muestran indiferencia hacia lo sagrado, al tiempo que se extasían con todo tipo de sucedáneos; así, Damiana no se interesa por la cuestión de la existencia divina, pero en cambio “cree en la quiromancia, en la cartomancia, en la orniromancia, en la uromancia, en la hidromancia...”, etc., etc. (Cap. I). Damiana pertenece al mundo (al que la idea de Dios es ajena y por eso “le produce aburrición, prefiriendo un vivir “elemental, hecho de cosas y percances”).

Tedio, aburrimiento, agitación trivial, componen la sustancia del mundo: “el mundo es la cara del Maligno, transparentado en las cosa”; “el infierno es caso descriptible porque, en cierto modo, se trasluce aquí abajo” (Cap. IV, 6, 9).

Escribiendo a Daniel, pregunta Juana: “¿Adónde está el que no es mundo y me defiende del mundo?”. Y responde con pura convicción: “En ti está” (Cap. IV, 15). Y, verdaderamente, porque no es mundo –sino “santo y sabio”–, el mundo le aborrece; escrito está que “el mundo a mí me aborrece porque doy testimonio contra él de que sus obras son malas” (Evangelio de San Juan, 7, 7). En correspondencia, él siente desamor hacia el mundo: el mundo y el diablo son a su juicio idénticos (Cap. IV, 24).

Ser mundano es vivir “concorde con la actualidad” y de espaldas a lo interior; fetiches del vivir actual y trivial son los automóviles (y su consecuencia: el rito de ir y venir que se agota en sí mismo), los cigarrillos y bebidas alcohólicas (y su consecuencia: el beber y fumar compulsivos), las playas de moda, las mecánicas copulaciones...Ser mundano es moverse en ansiosa actividad, no tener otro fin que ser movimiento.

La segunda parte de *Tribada* deriva aún más enérgicamente el contraste entre el hombre interior y el mundo al plano de lo religioso, sin abandonar las contraposiciones de índole social.

Ejemplo de hombre mundanal es, en efecto, el personaje llamado Pancraccio, prisionero de dos mil gestos mecánicos que impone el estar a la moda: “es experto en descorchar botellas, tras remirar las etiquetas; lanzar un cigarrillo a cualquier tertuliano, y recogerlo, si se lo arrojan; mover un vaso de alcohol...”, etc. (Cap. IV. 35)

Muestras del mundo son la opulencia –automóviles, yates, villas, piscinas, gimnasios, perros guardianes, como los poseídos por un tal Matencio (Cap. IV, 37)- y la concupiscencia, tan vivamente descrita en el Cap. 12: “los vendedores de joyas, pieles, moblajes, porcelanas y otras filigranas, expertos conocedores de la concupiscencia de los ojos, o inclinación de la conciencia ante lo que brilla y ofrece viso”.

El mundo es, una vez más, ausencia de ultimidad. El Epílogo de *Tribada* lo desvela sin ahorrar sarcasmo: “En los comienzos de un mes de agosto, la voz de su señoría, el diputado, ha dicho a través de la emisora estatal de radiodifusión: “con el mayor respeto a cualesquier doctrinas, he de afirmar que no existe ninguna vida, tras la muerte, como

tampoco, pecado, Cielo ni Infierno. Por consiguiente, debemos gozar de las vacaciones estivales”.

Al mundo de vanagloria y “ufanía del yo” se enfrenta Daniel con su pobreza; “soy pobre en verdad”, confiesa con la mirada baja (Cap. IV, 43). Pobre y victimado, como se encarga de predecir Juana en una de sus epístolas: “Un día estas clases de personas y buenas gentes te conducirán al Gobernador correspondiente, y proferirán: “¡Crucificalo!”. Aunque posean casas de campo, no dudarán en gritar: “¡Si no lo crucificas serás enemigo de los pobres!”. Y no resultará paradoja que así hablen, pues no les fue dado, como a ti, llegar a ser verdaderamente pobres; son la triste burguesía, y fea” (Cap. IV, 44).

El paralelo Daniel-Cristo se hace aún más expreso en otra carta de Juana: “eres el hombre que, siendo pagano, me sumió en un mundo cristiano, un César con alma de Cristo”. “Quien no es cristiano es trivial, y ello porque posee explicaciones para todos los sucesos”, sentencia Juana en la propia carta, y recuerda las palabras de Daniel: “El que no odia al burgués, no ama a Cristo, pues todo amor comienza en odio hacia lo desemejante”. Burguesía es para Miguel Espinosa no tanto una clase social como “el nombre cualitativo de la sociedad presente”, como dejó escrito en un texto luminoso sobre su propia obra. El odio a lo burgués no difiere del odio evangélico al mundo, tan bien expresado en la Epístola de Santiago, 4, 4: “quien pretende ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”.

La burguesía, entendida como mundanidad, se describe en sus manifestaciones actuales en el revelador testimonio del relato *Clavero y Pili*: “las ánimas vienen al mundo para alcanzar éxitos; el éxito se resume en poseer dinero, y se prueba mediante la constante adquisición de bienes”; “sólo la actualidad es real”; “fuera de la actualidad se encuentran los que no son del día: los vencidos, los extravagantes, los proletarios”; “nada hay más lejano a la actualidad que la Divinidad”; “el mundo del deber-ser no existe”...

Con su duro y fuerte estilo sin contemplaciones, en la narración inédita titulada *La inteligencia* pone Miguel Espinosa en labios de un triunfador estas palabras, dirigidas a un hombre interior: “Esta es la verdad: frente al dinero, el Poder, el prestigio, la capacidad de decisión y disposición, la pasión viva, la ferocidad de los gozantes, la avidéz de placer de quienes poseen la Tierra, la alegría de los que saben de su dicha, no a todos concedida, la inteligencia...resulta una presencia menesterosa (...). Los hechos, que son el mundo, se vengan así de la razón, que pretende encarnar el deber-ser”.

Hombre espiritual, Miguel (y con él sus heterónimos: Asklepios, el Eremita, Daniel...) se enfrenta, como el Arcángel, al Dragón del mundo. Su escritura toda es testimonio, recia voz, de la feroz contienda, en cuyo curso no sólo acosaron a Miguel, como al místico, los “ladridos del mundo”, sino que recibió de éste sus duras dentelladas.

La lucha de Miguel con el Dragón no cesa de transparentar la exhortación del Evangelista: “No améis al mundo ni lo que hay en él (...) Pues todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida” (San Juan: Epístola I, 2, 15-16).